



Rector

Universidad del Valle

Dr. Iván Enrique Ramos Calderón

Decano

Facultad de Humanidades

Mag. Darío Henao Restrepo

Director

Escuela de Estudios Literarios

Mag. Alejandro José López Cáceres

Director

Revista Poligramas

Mag. Darío Henao Restrepo

Comité Editorial

Mag. Carmita Navia Velasco

(Universidad del Valle)

Mag. Juan Julián Jiménez Pimentel

(Universidad del Valle)

Dr. César Valencia Solanilla

(Universidad Tecnológica de Pereira)

Dra. María Antonieta Gómez Goyeneche

(Universidad del Valle)

Dr. Fabio Martínez

(Universidad del Valle)

Dr. Augusto Escobar

(Universidad de Antioquia)

Asistente Editorial

Elizabeth Vejarano

Corrección

Rodolfo Villa Valencia

Comité Asesor

Dr. Eduardo F. Coutinho

(Universidad Federal de Río de Janeiro)

Dra. Silvia Inés Cárcamo

(Universidad Federal de Río de Janeiro)

Dr. Michael Palencia Roth

(Universidad de Illinois)

Dr. Hernán Lara Zabala

(Universidad Autónoma de México)

Dr. Armando Romero

(Universidad de Cincinnati)

Dr. Álvaro Pineda Botero

(Universidad EAFIT)

Dr. Jaques Gillard

(Universidad de Toulouse)

Dr. Fernando Cruz Kronfly

(Universidad del Valle)

Periodicidad

Semestral

Ilustraciones

Gerardo López Caicedo

Traducciones

Simone Accorsi,

Diseño y diagramación

Unidad de Artes Gráficas

Facultad de Humanidades

Universidad del Valle

Contenido

EDITORIAL	5
Darío Henao Restrepo	6
Dossier Poéticas de la diáspora africana	
<i>Criollización en el Caribe y en las Américas</i>	
Edouard Glissant	11
<i>Malungaje: hacia una poética de la diáspora africana</i>	
Jerome Branche	23
<i>Raza en la cultura puertorriqueña</i>	
Mayra Santos	49
Dossier Literatura colombiana	
<i>El carnaval a cuestas de Jaime Manrique Ardila</i>	
Ariel Castillo Mier	71
<i>Etnicidad y violencia en la novela Lejos del nido</i>	
Fabio Gómez Cardona	83
<i>Raúl Gómez Jattin: las fronteras del río Sinú</i> <i>(Migajas apresuradas)</i>	
Álvaro Bautista Cabrera	107
<i>Poder y gamonalismo en Los funerales de la Mamá Grande</i>	
Darío Henao Restrepo	119
<i>Maracas en la ópera o la reescritura de algunos hitos culturales</i> <i>e históricos en el Caribe colombiano</i>	
Guillermo Tedio	129
<i>Arte y cultura: el pensamiento estético de Baldomero Sanín Cano</i>	
Daniel Jerónimo Tobón Giraldo	141
<i>La narrativa femenina del siglo XIX en la región del Valle del Cauca:</i>	
Alfonso. Cuadros de costumbres y Misterios de la vida	
Mery Cruz Calvo	163

Dossier Literatura Latinoamericana

Informe contra mí mismo: <i>La descojonante historia del «honesto» con los cojones en oro</i>	
James Cortés-Tique	187
<i>Libertad bajo palabra: facetas del encierro en algunas novelas de dictador</i>	
Elvire Gomez-Vidal	207
<i>¿Una teoría crítica para América Latina?</i>	
Juan Moreno Blanco	237

Reseñas

El jardín de las Weissmann <i>o el infierno de la violencia</i>	
Fabio Martínez	249
Cuerpo y Cultura, <i>una fiesta para el alma</i>	
Darío Henao Restrepo	255
<i>La novela de la violencia por un testigo de primera mano</i>	
Kevin Alexis García	260
A nuestros colaboradores	261

EDITORIAL

Con la diáspora africana, acaecida durante más de cuatro siglos de prevalencia del sistema esclavista, llegaron a las Américas más de 100 millones de seres humanos. Eran “emigrantes desnudos” que arribaron con sus memorias ancestrales, sus dioses y sus lenguas y, en ignotas geografías, entremezclados con sus amos blancos y las poblaciones indígenas, lograron conservar lo que pudieron y con ello ayudaron a construir nuevos mundos. De lo que ha sido este proceso, tratan los tres ensayos que hacen parte del dossier *Poéticas de la diáspora africana*. El martiniqués Edouard Glissant se detiene en lo que denomina criollización en el Caribe y las Américas para hacer una crítica de los viejos demonios de la pureza y el anti-mestizaje y profundizar en el concepto de lo que es una lengua criolla: una lengua compuesta, nacida del contacto entre elementos lingüísticos absolutamente heterogéneos. Estos son elementos que sustentan la criollización y explican la construcción de identidades en el mundo contemporáneo. No hay una raíz única para Glissant, sino una vasta y múltiple complejidad en la que todos participamos y en la que ante todo importa la poética de la relación. A continuación, el guyanés Jerome Branche se ocupa en delinear una poética del malungaje para los estudios contemporáneos de la diáspora africana en las Américas. Basado en los más recientes estudios sobre el tema –la antropología, la historia, los estudios postcoloniales y la literatura– Branche plantea el concepto de malungo como hilo conductor para los estudios afroamericanos. Cierra este dossier la escritora y ensayista puertorriqueña, Mayra Santos, quien hace un recorrido sobre el papel de los negros en su país y devela los prejuicios que se han forjado en su tradición cultural y literaria y los retos que implica poner en orden los procesos de criollización de los que habla Glissant.

Darío Henao Restrepo

El dossier dedicado a la *Literatura colombiana* contiene varios estudios sobre narrativa, poesía y ensayo contemporáneo: las novelas del barranquillero Jaime Manrique Ardila; una novela del antioqueño Juan José Botero, *Lejos del nido*; los cuentos de *Los funerales de la Mamá Grande* de García Márquez; *Maracas en la ópera*, novela de Ramón Illán Bacca; la narrativa femenina en el Valle del Cauca en el siglo XIX; la obra del poeta Raúl Gómez Jattin; y la estética en los ensayos de Baldomero Sanín Cano. Las aproximaciones a estos autores abordan temas como las particularidades de nuestras culturas regionales, las realidades urbanas, los conflictos sociales y étnicos, el carnaval, el poder y el gamonalismo, la emancipación de la mujer, los desgarramientos y las rupturas de un poeta y la configuración de valores estéticos modernos en el país.

El dossier *Literatura latinoamericana* ofrece tres ensayos. James Cortés Tique analiza el libro *Informe contra mí mismo*, del escritor cubano Eliseo Alberto, bajo la óptica de la semiótica y la teoría de la argumentación. Esto le permite develar cómo el autor construye una imagen de sí mismo y los mecanismos de persuasión para captar al lector. Elvire Gómez-Vidal se adentra en las múltiples facetas de algunos dictadores latinoamericanos en novelas como *Tirano Banderas*, *El otoño del patriarca*, *El señor Presidente*, *El recurso del método* y *La fiesta del chivo*. La noción del espacio cerrado, cárcel, hospicio, manicomio le sirve para adentrarse en los meandros del poder dictatorial y toda la locura que encierra. Juan Moreno Blanco reflexiona sobre los presupuestos para una teoría crítica en América Latina y las circunstancias particulares de los procesos de producción del conocimiento en las ciencias sociales y humanas en América Latina cuando se está al margen de los grandes centros de Occidente. Su propuesta apunta a la emergencia de un pensamiento crítico desde Latinoamérica para Latinoamérica.

Tres reseñas para cerrar. Fabio Martínez la hace sobre *El jardín de las Weissmann* de Jorge Eliécer Pardo, una novela corta, publicada hace treinta años, y que desde su primera edición por la editorial Plaza y Janés se convirtió en una obra de referencia obligatoria. Darío Henao sobre *Cuerpo y Cultura* del puertorriqueño Ángel Quintero, un libro

que explica la influencia y preponderancia de la habanera, el danzón y el maxixe a comienzos del siglo XX; el jazz, la rumba, el bolero, el tango y el samba en la primera mitad del siglo XX; y en la segunda mitad, el rock y el hip-hop, el bossa nova, el pop, el calypso, el reggae, reggaetón, beginne, souk, la salsa y el jazz latino, músicas que han tocado la sensibilidad de miles y miles de personas en el mundo entero. Finalmente, Kevin García reseña la novela de Óscar Osorio, *El cronista y el espejo*, cuya trama recrea una atmósfera de seducción de diversos sectores de la sociedad frente a las riquezas desmesuradas del narcotráfico; en ella aparecerán ciudadanos gobernados en un Estado corrupto e ilegítimo con un pasado olvidado, en un presente de inconformidad y con un porvenir de miseria.

Ilustran en esta ocasión la portada y las páginas interiores los dibujos de Gerardo López Caicedo.

Darío Henao Restrepo
Director

— Dossier Poéticas de la diáspora africana —



Criollización en el Caribe y en las Américas

Edouard Glissant

El objetivo de estas cuatro conferencias parecerá complejo y errático, y es probable que a lo largo de esta exposición tenga que reformar temas que se entrelazan, temas que se repetirán, y anticipadamente pido disculpas pero esta es mi manera de trabajar.

El primer acercamiento que tuve con aquello que se puede llamar de las Américas fue con el paisaje, esto antes de tener conciencia de los dramas humanos, colectivos o privados, que allí se acumulaban. América me pareció siempre muy particular con relación a lo que pude conocer, por ejemplo, de los paisajes europeos cuando comencé mis estudios en Francia. El paisaje europeo me pareció constituir un conjunto muy ordenado, cronometrado, con relación a una especie de ritmo de las estaciones.

Cada vez que yo vuelvo a las Américas, ya sea a una pequeña isla como Martinica, que es el país donde nací, me impresiona la apertura de ese paisaje. Digo que se trata de un paisaje “irrué” (palabra que prácticamente yo creé, ella contiene irrupción e ímpetu, también erupción, tal vez mucha realidad y mucha irrealdad) y me parece que cuando estoy allá, en la parte de Saint Marie, en el cerro Bezaudin, lugar de mi nacimiento en este paisaje martinicano, y veo culturas en terrazas cuasi verticales en estas tierras altas de Bezaudin y en otro cerro que se llama Perú, y otras más que se llaman Reculee, reencuentro la misma sensación en un paisaje mucho más vasto de lo que es Chavin, en el Perú.

Chavin es la cuna de las culturas incaicas del Perú, frente a las cuales uno se pregunta cómo el campesino que en ellas trabaja no se despeña, pues él no tiene más de treinta centímetros de ancho para plantar los pies. En esos tipos de espacios el ojo no se familiariza con las astucias y

finezas de la perspectiva, la mirada abarca con un solo impulso la plenitud vertical y el cúmulo arrugado de lo real.

Ese paisaje americano que reencontramos en una pequeña isla o en el continente entero me parece siempre y por toda parte “irrué”, y es de allí probablemente que me viene el sentimiento que siempre tuve de una especie de unidad —diversidad, por un lado, de los países del Caribe, y, por otro lado, el conjunto de países del continente americano—; en ese sentido, el Caribe siempre me pareció una especie de prefacio del continente americano. Una vez más las palabras hablan y me gustaría recordarles que en los siglos XVI y XVII se conocía al mar del Caribe como mar del Perú; aunque el Perú está al otro lado del continente y no existe ninguna relación posible, ya se había entendido que ahí había una especie de entrada al continente, una especie de nexo entre lo que es necesario dejar atrás y lo que es necesario disponerse a conocer.

El Caribe fue el lugar del primer desembarque de los esclavos víctimas del tráfico, de los africanos que vivieron el tráfico y que después eran orientados para Norte América, para el Brasil o para las islas de la región. Esos países del Caribe siempre me parecieron —no diría ejemplares, pues desconfío de la noción de ejemplaridad— significativos del universo americano. Entre tanto son países que durante mucho tiempo permanecieron ignorados (excepto Haití, primera república negra de la historia del mundo, y Cuba y la revolución cubana). No me gustaría vanagloriarlos, pero sí intentar mostrar algo que sucede en esos países, una referencia a algo que acontece en las Américas, y que intentaré estudiar y desarrollar aquí. Comenzaré definiendo lo que pienso, junto a investigadores como Darcy Riveiro, de Brasil, Enmanuel Boefin Batalla, de México, y Rex Nettlefort, de Jamaica, y es la primera característica de las Américas, o sea, la división que podemos hacer de ella en tres especies de Américas: la América de los pueblos autóctonos, testimonios que siempre estuvieron allí y que definimos como la Mesoamérica; la América de aquellos que llegaron provenientes de Europa y que conservaron en el nuevo continente sus usos y costumbres, así como las tradiciones de sus países de origen, que podríamos llamar Euroamérica, y que comprende evidentemente a Quebec, en Canadá, Estados Unidos y una parte (cultural) de Chile y de Argentina; la América que podríamos llamar Neoamérica y que corres-

ponde a la América de la criollización. Esa América comprende el Caribe, el noreste de Brasil, las Guayanas y Curazao, el sur de Estados Unidos, la costa caribeña de Venezuela y Colombia y una gran parte de América Central y México.

En esa división no existen fronteras, pues existen mezclas, cruces, interacción, influencias mutuas entre esas tres Américas. La Mesoamérica está presente tanto en Quebec (Canadá), como en Estados Unidos. Países como Venezuela y Colombia poseen una parte caribeña y una parte andina, es decir, una Neoamérica y una Mesoamérica. En esos países y en esas islas, los choques y los conflictos entre los tres tipos de América se multiplicaron, pero igualmente lo que predomina en esas relaciones es cada vez más la Neoamérica, la América de la criollización, y al mismo tiempo que continúa absorbiendo préstamos de la Mesoamérica y de la Euroamérica, tiende a influenciarlas, y lo que es interesante en el fenómeno de la criollización es que el poblamiento de esa América es muy especial: en ella es África la que prevalece.

En general podemos decir que hubo tres tipos de pobladores en las Américas: el migrante armado, o sea, aquel que desembarca del May Flower o que sube el río Saint Laurent, este llega con sus barcos, sus armas, etc., y se constituye en el “migrante fundador”. El migrante familiar civil que llega con sus hábitos alimenticios, su horno, sus ollas, sus fotos de familia y puebla una gran parte de América del norte y del Sur. Finalmente aquel que llamamos “migrante desnudo”, es decir, aquel que fue transportado a la fuerza para el continente y que constituye la base del poblamiento de esa especie de circularidad fundamental que, a mi manera de ver, el Caribe constituye. Aquí no podemos negligenciar el término “circularidad” porque se trata, en efecto, de una especie de irradiación, de una espiralidad, que es diferente de la “proyección en flecha” que caracteriza a cualquier colonización.

Repito siempre que el mar del Caribe se diferencia del mar Mediterráneo por ser un mar abierto, un mar que difracta, en cambio el Mediterráneo es un mar que concentra. Si las civilizaciones y las grandes religiones monoteístas nacieron en torno de la cuenca del Mediterráneo, esto se debe a la fuerza que tiene ese mar de predisponer el pensamiento del hombre, así sea a través de dramas, guerra y conflictos, a un

pensamiento del *uno*, de la *unidad*. Por el contrario el mar Caribe es un mar que difracta y lleva a la efervescencia de la diversidad. No es sólo un mar de tránsito y de pasaje, o un mar de encuentro y de implicaciones. Lo que acontece en el Caribe durante tres siglos es literalmente lo siguiente: un encuentro de elementos culturales venidos de horizontes absolutamente diversos y que realmente se criollizan, se imbrincan y se confunden uno con el otro para dar nacimiento a algo absolutamente imprevisible, absolutamente nuevo: la realidad criolla.

La Neoamérica, sea en Brasil, en las costas caribeñas, en las islas o en el sur de Estados Unidos, vive la experiencia real de la criollización a través de la esclavitud, de la opresión, del desapropiamiento perpetrado por los diversos sistemas esclavistas, cuya abolición se extiende por un periodo largo (más o menos de 1830 a 1868) y es a través de esas opresiones y de esos crímenes que se produce una verdadera conversión del ser.

Me gustaría estudiar a lo largo de estas cuatro conferencias esa conversión del ser. La tesis que defenderé es la siguiente: la criollización que se da en la Neoamérica, y que se extiende por las otras Américas, es la misma que viene aconteciendo en el mundo entero. La tesis es que el mundo se criolliza: hoy las culturas del mundo, colocadas en contexto con las otras de manera fulminante y absolutamente consciente, se transforman, permutándose entre sí, a través de choques irreversibles, de guerras sin piedad, como también a través de avances de conciencia y de esperanza que nos permiten decir —sin ser utópicos y siéndolo— que las humanidades de hoy están abandonando algo en que se obstinaron hace mucho tiempo: la creencia de que la identidad de un ser sólo es válida y reconocible si es exclusiva, diferente de la identidad de todos los otros seres posibles. Y es esa mutación dolorosa del pensamiento humano que me gustaría decantar, investigar, conocer con claridad.

¿Qué viene a ser la criollización? Como propuse anteriormente, existen tres tipos de poblamiento, y aquel realizado a través del tráfico de africanos fue el que determinó mayor sufrimiento e infelicidad en las Américas, sin considerar el exterminio de los pueblos amerindios al norte y al sur del continente, y es necesario considerarlo.

Actualmente existe una cuarta modalidad de poblamiento, un pobla-

miento interno: los desplazamientos haitianos y cubanos a través de los *boat people*. Se trata de una modalidad crítica del devenir de las sociedades americanas. Pero si examinamos las tres formas históricas de poblamiento, vemos que si los pueblos migrantes de Europa como los escoceses, los irlandeses, los italianos, los alemanes, los franceses, etc., llegan con sus canciones, con sus tradiciones de familia, sus instrumentos, la imagen de sus dioses, etc., los africanos llegan despojados de todo, de cualquier posibilidad, inclusive despojados de su lengua. Porque el vientre del navío negrero es el lugar y el momento en que las lenguas africanas desaparecen; porque nunca se colocaban juntas, en el navío negrero ni en las plantaciones, personas que hablaran la misma lengua. El ser se encontraba de esta forma despojado de toda especie de elementos de su vida cotidiana, pero también, y sobre todo, de su lengua.

¿Qué es lo que pasa con ese migrante? Él recupera a través de rastros/residuos una lengua y manifestaciones artísticas, que podríamos decir son válidos para todos. Por ejemplo, una comunidad étnica del continente americano preservó la memoria de los cantos entonados en los funerales, matrimonios, bautizos, que expresan el dolor, la alegría, venidos del antiguo país de origen y que son cantados hace cien años o más en diversas ocasiones de la vida familiar. En cambio el africano deportado no tuvo las posibilidades de mantener, de conservar esa especie de herencias puntuales. Pero creó algo imprevisible a partir únicamente de los poderes de la memoria, esto es, solamente a partir de los pensamientos rastros/residuos, que le quedaban: conformó lenguajes criollos y formas de arte válidos para todo, como por ejemplo la música jazz, que es reconstituida con la ayuda de instrumentos por ellos adoptados, pero a partir de rastros/residuos de ritmos africanos fundamentales. En tanto ese neoamericano cante canciones africanas que datan de dos o tres siglos atrás, él reinstaura en el Caribe, en Brasil y en América del Norte, a través del pensamiento del rastro/residuo formas de arte que propone como válidas para todos. El pensamiento del rastro/residuo me parece que constituye una división nueva de aquello a lo que es necesario oponernos en la situación actual del mundo, lo que llamo pensamientos de sistema o sistemas de pensamiento. Los pensamientos de sistema o sistemas de pensamiento fueron prodigiosamente fecundos, prodigio-

samente conquistadores y prodigiosamente mortales. El pensamiento de rastros/residuos es aquel que se aplica en nuestros días, de la forma más válida, a la falsa universalidad de los pensamientos de sistemas.

Los fenómenos de criollización son importantes porque permiten practicar un nuevo abordaje de la dimensión espiritual de las humanidades. Un abordaje que pasa por una recomposición del paisaje mental de esas humanidades presentes hoy en el mundo. Porque la criollización supone que los elementos culturales colocados unos junto a otros deben ser obligatoriamente “equivalentes en valor” para que esa criollización realmente se efectúe. Eso significa que si en los elementos culturales colocados en relación algunos son inferiorizados con relación a otros, la criollización no se da verdaderamente. Si se diera, sería de modo desequilibrado, dejando mucho que desear, y de manera injusta. Es por esa razón que en países oriundos del proceso de criollización como es el caso del Caribe o del Brasil, en los cuales los elementos culturales fueron colocados en presencia unos de los otros a través del modo de poblamiento representado por el tráfico de africanos, los componentes culturales africanos y negros fueron normalmente inferiorizados. La criollización se da también en esas condiciones, pero deja un sabor amargo incontrolable. Y casi por toda la Neoamérica fue preciso restablecer el equilibrio entre los elementos colocados en presencia; en primer lugar, a través de una revalorización de la herencia africana, y fue lo que constituyó el llamado *Indianismo haitiano*, el renacimiento de Harlem y, en fin, la negritud, la poética de la negritud de Damas y de Césaire que converge con la teoría de la negritud de Senghor.

La criollización es el acto que se da en el vientre de la plantación, que es el universo más inicuo que pueda existir. Acontece, pero deja al ser “volando como con una sola ala”, porque el “ser” es desestabilizado por la disminución de sí, y que él mismo asume, disminución esta que corresponde, por ejemplo, a la disminución de su valor propiamente africano. Esto también acontece en las Antillas y en el Caribe con otros componentes, entre otros con el elemento hindú, después de 1848, cuando los países fueron parcialmente poblados por esos migrantes, persuadidos de que allí encontrarían trabajo, pero fueron simplemente tratados como esclavos. También en ese caso hubo una desconsideración de los valores

venidos de la India y fue necesario mucho tiempo para que se reconocieran. Apenas en los días actuales las poblaciones de descendencia hindú constituyen una parte importante del fenómeno de criollización en el Caribe. En Trinidad la descendencia hindú y la descendencia africana dividen prácticamente entre sí la población de la isla. La criollización exige que los elementos heterogéneos colocados en relación “se intervaloricen”, o sea que no haya degradación o disminución del ser en ese contacto o en esa mezcla, sea internamente, es decir, de adentro hacia afuera; sea externamente, desde afuera hacia adentro. ¿Y por qué criollización y no mestizaje? Porque la criollización es imprevisible; en cambio los efectos de un mestizaje podríamos calcularlos, como los injertos en diferentes plantas o los cruces en los animales; podemos calcular que arvejas rojas y arvejas blancas mezcladas a través de la técnica del injerto darán cierto resultado en una generación, y otro resultado en otra generación, pero la criollización es un mestizaje aumentado de una plusvalía que es la imprevisibilidad.

De la misma forma es absolutamente imprevisible que los pensamientos de rastro/residuo predispongan la población de las Américas a crear lenguas o formas de arte tan inéditas. Al contrario del mestizaje, en la criollización rige la imprevisibilidad, ella crea en las Américas microclimas culturales y lingüísticos absolutamente inesperados, lugares en los cuales las repercusiones de las lenguas, unas sobre las otras, o de las culturas, unas sobre las otras, son abruptas.

En Louisiana, por ejemplo, la creación de la música *zydeco* es una aplicación a la música *cajun*¹ tradicional de los ritmos y poderes del jazz y del mismo rock. En Louisiana encontramos los *Black Indians*, tribus que nacieron de una mezcla entre esclavos, negros forajidos, y los indios. En New Orleans asistí al desfile de etnias *Black Indians*.

Hay algo absolutamente imprevisible que va mas allá del simple hecho del mestizaje: esos microclimas culturales y lingüísticos que la criollización crea en las Américas son decisivos porque constituyen indicios de lo que está ocurriendo realmente en el mundo. Y lo que está aconteciendo es

¹ Se le llama *cajun* al individuo que vive en el estado de Louisiana, en Estados Unidos, y cuyos ancestros eran canadienses que hablaban francés. También se le llama así al dialecto francés hablado por dicho individuo.

que se están creando micro y macroclimas de interpenetración cultural y lingüístico, y cuando esa interpenetración cultural y lingüística es muy fuerte entonces los viejos demonios de la pureza y del antimestizaje resisten e inflaman esos focos infernales que vemos quemarse en la superficie de la tierra.

¿Por qué aplicar el término “criollización” a choques, armonías, distorsiones, retrocesos, rechazos, atracciones, entre elementos culturales?

Ya expliqué por qué no me gusta la palabra mestizaje. La palabra “criollización” viene del termino criollo(a) y de las realidades de las lenguas criollas. ¿Y qué es una lengua criolla? Es una lengua compuesta, nacida del contacto entre elementos lingüísticos absolutamente heterogéneos; los criollos francófonos del Caribe, por ejemplo, nacieron del contacto entre normandos del siglo XVII, y una sintaxis (que así no sepamos muy bien cómo funciona) presentimos es una especie de sintaxis de la sintaxis de las lenguas de la África negra subsahariana del oeste. Eso significa, entonces, que el léxico, el vocabulario del hablar de Normandía no tiene nada que ver con la que tal vez sea una sintaxis de esas lenguas africanas. La combinación de ese léxico y de esa sintaxis —que no importa lo que se diga, comienza bajo la forma de un lenguaje rudimentario, pues trataba de resolver los problemas de trabajo en las islas del Caribe— es imprevisible. Era absolutamente imprevisible que en dos siglos una comunidad sometida hubiera podido producir una lengua a partir de elementos tan heterogéneos. Lo que yo llamo lengua criolla es una lengua cuyos elementos constituyentes son heterogéneos; no llamo lengua criolla, por ejemplo, a la extraordinaria lengua de los poetas jamaquinos de la *Dub Poetry*² como Michael Smit y Linton Kwesi Jhonson, o más recientemente Edward Kamau Braithwaite, pero no la llamo lengua criolla por tratarse de la genial y agresiva deformación de una lengua, la lengua inglesa, deformación practicada dentro de esa lengua por individuos que la subvierten.

² Canto hablado jamaquino. Un tipo de poesía que surgió en Jamaica y en Inglaterra durante el inicio de los años 70 del siglo XX influenciado por los ritmos de la música reggae. Esa poesía de origen popular fue inaugurada por Mutabaruka y Oku Onuora, en Jamaica, y por Linton Kwesi Jhonson en Inglaterra. La Dub Poetry incluye letra de música y poemas narrativos en torno a asuntos como las protestas contra el racismo, la brutalidad policial y la practica del sexo.

No estoy estableciendo aquí ninguna jerarquía. Sería un *pidgin*, pero *pidgin* es un término tan negativo y peyorativo que no se puede aplicar en una lengua. Mis amigos jamaquinos piensan que esa lengua no puede ser “*pidgin*”, que se trata de una lengua criolla. No pienso que ella lo sea y se hace necesario encontrar otra palabra, porque una lengua criolla es por lo menos bífida, esto es, posee por lo menos dos elementos en su constitución y esto es verdad tanto para el criollo de Cabo Verde, como para el criollo de Senegal, el papiamento de Curazao, las lenguas criollas de Martinica, de Haití, de Guadalupe, de Reunión, de Santa Lucía o, incluso, la isla de Santo Domingo.

Las lenguas criollas provienen del choque de la consubstanciación, de la consumación recíproca de elementos lingüísticos, de inicios totalmente heterogéneos con un resultado imprevisible. Una lengua criolla no es por tanto ni el resultado de esa extraordinaria operación que los poetas jamaquinos practican voluntariamente y de manera decidida en la lengua inglesa, ni un *pidgin*, ni un dialecto, es algo nuevo, del que tomamos conciencia, pero algo que no podemos decir se trate de una operación original, porque cuando estudiamos los orígenes de cualquier lengua, inclusive de la lengua francesa, entendemos que casi todas las lenguas en sus orígenes son criollas.

En lo que se refiere a las lenguas criollas francófonas, del Caribe y del océano Índico mis hipótesis son:

- a. Las lenguas francesas, bretonas y normandas evolucionan para permitir la aparición del fenómeno criollo, la criollización lingüística, mientras que el español y el inglés, lenguas ya fuertemente “orgánicas” y constituidas, resistieron casi por toda parte a la criollización.
- b. Es posible que la criollización lingüística se realice mejor en territorios exigüos y bien delimitados: islas organizadas o archipiélagos (Caribe, océano Índico, islas de Cabo verde).
- c. Es por esas razones que pienso que el término criollización se aplica a la situación actual del mundo, o sea, a la situación en la cual una totalidad llamada “tierra”, “al fin realizada”, permite que dentro de esa totalidad, donde no existen ninguna autoridad orgánica y donde todo es archipiélago, los elementos culturales tal vez más distantes y

más heterogéneos puedan ser colocados en relación. Eso produce resultados imprevisibles.

Esa percepción de lo que estaba aconteciendo en el mundo se basa en la distinción, que para nosotros se vuelve obligatoria, entre dos formas genéricas de cultura. Formas de cultura que llamaré atávicas, cuya criollización se dio hace mucho tiempo y cuya naturaleza adivinaremos posteriormente —y formas de cultura que llamaré “compósitas”, cuya criollización se da prácticamente bajo nuestros ojos—. Los países del Caribe, y aquellos que constituyen la circularidad diseminada que ya mencioné, hacen parte de esas culturas compósitas. Vemos que las culturas compósitas tienden a volverse atávicas, o sea, tienden a reivindicar una especie de perduración —una honorabilidad otorgada por el tiempo que sería necesario en toda cultura para estar seguro de sí, y tener la audacia de afirmarse—. Así, las culturas atávicas tienden a criollizarse, esto es, a cuestionar o a defender de forma frecuentemente dramática (como en Yugoslavia y Líbano) el estatuto de identidad como raíz única. Porque de hecho es de esto que se trata: de una concepción sublime e inmortal que los pueblos de Europa y las culturas occidentales difundieron en el mundo, o sea que toda identidad es una identidad de raíz única y excluye al otro. Visión de la identidad diferente a la noción de hoy, real en las culturas compósitas, de la identidad como factor y como resultado de una criollización, o sea de la identidad como raíz de la identidad, y no solamente como raíz que va al encuentro de otras raíces.

Así que hacemos esa afirmación: los problemas se revelan inquietantes, porque cuando hablamos de una identidad raíz que va al encuentro de otras identidades, tenemos la impresión de una amenaza, de una disolución: funcionamos siempre según el antiguo modelo, y entonces me repito que si yo fuera al encuentro de otro no seré más yo mismo, y si yo no fuera más yo mismo, me pierdo de mí. Ahora, en el actual panorama del mundo, se presenta una pregunta importante: ¿cómo ser uno mismo sin cerrarse al otro y cómo abrirse al otro sin perderse a sí mismo? Esa es la cuestión que las culturas compósitas proponen e ilustran en las culturas de las Américas.

¿Dónde queda el punto tangente entre esas culturas compósitas que tienden al atavismo y esas culturas atávicas que comienzan a criollizarse? Es absolutamente necesario abordar esa pregunta si queremos escapar a las oposiciones mortales, sangrientas, que animan y agitan en este momento al desorden del mundo. ¿Es necesario que renunciemos a la espiritualidad, a la mentalidad y al imaginario movidos por la concepción de una identidad raíz única que mata todo a su alrededor, para entrar en la difícil complejidad de una identidad? (relación de una identidad que considera una apertura al otro, sin el peligro de disolución). Si nos hiciéramos ese tipo de pregunta me parece que no estaríamos en simbiosis con relación a la situación real del mundo, con la situación real de lo que está sucediendo en el mundo. Y a mi forma de ver, solamente una poética de la relación, es decir, un imaginario que nos permita comprender “esas fases y esas implicaciones de las situaciones de los pueblos en el mundo de hoy”, nos autoriza tal vez a intentar salir del confinamiento al que estamos reducidos. Tengo la impresión de que existen lugares en el mundo en los cuales esta especie de desafío, esa especie de imposible está sucediendo, como por ejemplo en África del Sur. Uno de los grandes objetivos del ANC y de Nelson Mandela es, obviamente, el de encontrar soluciones para la sobrevivencia económica de todo ese contingente de población que durante tanto tiempo fue mantenido en la miseria y en la esclavitud por el régimen de Apartheid. Pero me parece que existe otro desafío que solicita el compromiso del siglo XXI: si la ANC y Nelson Mandela no consiguen que los zulúes, los negros, mestizos, indios, blancos, vivan juntos dentro del contexto de África del Sur, algo de nuestro siglo XXI, de nuestro devenir del futuro de las humanidades que representamos estará visiblemente amenazado, visiblemente perdido. En el final de su autobiografía, Nelson Mandela hace una aseveración más o menos en los siguientes términos: “todo el camino que recorrí hasta ahora, de 1912 a 1994, todas esas luchas no representan nada comparado con lo que nos queda por hacer, porque lo que nos falta hacer es lo más importante, es decir, conseguir que todos estos pueblos vivan juntos”.

Para mi forma de ver esa propuesta significa salir de la identidad raíz única y entrar en la verdad de la criollización del mundo. Pienso que serán necesarias aproximaciones del pensamiento del rastro/residuo, de

Edouard Glissant

un “no sistema” de pensamiento que no sea dominador, ni sistemático, ni imponente, un “no sistema” intuitivo, frágil y ambiguo de pensamiento, que convenga mejor a la extraordinaria complejidad y a la extraordinaria dimensión de multiplicidad del mundo en el cual vivimos. Atravesado y sustentado por el rastro/residuo, el paisaje deja de ser un escenario conveniente y se vuelve un personaje del drama de la relación. El paisaje no es más la cubierta pasiva de toda la poderosa narrativa, pero sí la dimensión cambiante y perdurable de toda mudanza y de todo cambio. Ese imaginario del pensamiento del rastro/residuo nos es consubstancial cuando vivimos una poética de la relación en el mundo actual, todas las manifestaciones inesperadas ampliarán la diversidad: minorías hasta hace poco desconocidas y aplastadas bajo el peso de un pensamiento monolítico, manifestaciones “fractales” de las sensibilidades y que se reconstituyen y se reagrupan de manera inédita. Todas las contradicciones, todos los posibles están inscritos en esa diversidad del mundo. En Martinica, por ejemplo, no podemos dejar de ser sensibles a una especie de participación en la vivacidad del Caribe. Vivacidad que comienza a brotar y que reaproxima finalmente los diversos Caribes —hispanico, anglófono, francófono y los demás criollófonos—, y también en la misma Martinica no podemos ignorar una lluvia de modas (en la música, alimentación, en las artes del vestuario) que somete pasivamente a los martinicanos en flujos planetarios sin duda alguna alienantes, porque son adaptados sin ninguna crítica.

Recibido: 12 marzo de 2009

Aprobado: 30 de abril de 2009